

EDITORIAL

LA MEDICINA DEPORTIVA ANTE UN FUTURO INCIERTO

Aunque cueste reconocerlo, es evidente que desde hace algún tiempo. la Medicina Deportiva en nuestro país está atravesando un periodo de crisis del que en estos momentos vemos difícil su salida.

Por vez primera, la responsabilidad en la confección de un editorial ha descompuesto la mecánica rutinaria con que en general hasta ahora venía haciéndose: Su título era consecuencia lógica del tema abordado en la misma; en la mayoría de ocasiones aquél surgía una vez se había puesto el punto final a lo escrito. En esta ocasión todo ha sido distinto, el título ha encabezado las páginas en blanco y el problema ha sido mío para saber por dónde empezar.

En efecto, es difícil —en el corto espacio que impone la técnica y reclama el espíritu de un editorial— plasmar todo lo que el título sugiere.

Es posible pues, que de aquí en adelante, al igual que los programas "en directo", caiga en el defecto de una narrativa deshilvanada, aunque ello vaya en beneficio de una mayor sinceridad expositiva.

El azaroso periplo del deporte en nuestro país en los últimos tiempos, al compás de los cambios políticos y por ende de las estructuras administrativas, ha influido notoriamente —hasta ahora con efectos sino negativos, si altamente dubitativos— en el asentamiento y consolidación de la Medicina Deportiva, quizás porque nunca estuvo plenamente identificada con la realidad que la circundaba.

Es innegable que de aquellos primeros tiempos de los cursos en el Palacio de Deportes de Madrid, del Gimnasio Moscardó, de Arapiles, 16, —y a nivel local de los sótanos del Pasaje Permanyer— a la realidad actual de los Centros de Investigación Médico - Deportiva y de Especialidad reconocida académicamente, va un abismo. Pero también es cierto que de aquellas ilusiones de futuro, de aquella generosa entrega, de aquellos ambiciosos programas de actuación, sólo queda el recuerdo de lo poco que entonces se hizo y el desánimo de lo mucho que quedó por hacer.

Hay que convenir en que desde un principio la Medicina Deportiva cayó en un grave error: Quiso convertirse en el "ombligo del mundo" de un ambiente, el deportivo, que ni la entendía ni la necesitaba, porque la realidad es que el nivel del mismo en el país no exigía elucubraciones científicas de ningún tipo; bastaba con una medicina asistencial que defendiera las economías de los clubs de fútbol, acelerando la recuperación de los jugadores le-

sionados, y una modesta investigación importada a través de las versiones que un reducido número de atletas y entrenadores nos traían de los centros de fisiología del esfuerzo del resto de Europa.

Erró también, a mi juicio, la Medicina Deportiva en pretender erigirse en ciencia autóctona dentro del Deporte, —y ello hace años, y desde estas mismas páginas fue denunciado—, en lugar de ganarse a pulso su reconocimiento como CIENCIA APLICADA a la Educación Física y Deporte, (con entidad suficiente ésta para figurar con personalidad propia como tal ciencia, con el soporte claro está de otras ciencias auxiliares, la Medicina entre otras). Pienso que esto ha supuesto un infértil "caminar por su cuenta" de la Medicina, y una incomprensión y enfrentamiento, por principios, de técnicos y dirigentes del Deporte... Se empezó hablando distinto lenguaje y así seguimos.

El reconocimiento de los propios errores, no exculpa por descontado de los cometidos por los demás, y quizás sí que en este momento recojo el desafío que me impuse a mí mismo al dar título a este editorial. La pobreza investigadora tradicional en el país, la miopía de los dirigentes deportivos y la escasa consistencia científica de no pocos de nuestros técnicos, ha puesto cadenas a las esporádicas manifestaciones individuales de la Medicina aplicada al Deporte, provocando un acomodaticio "ir tirando" del profesional médico hacia el funcionariado, supliendo al ambicioso y quizás más inseguro "status" del intelectual inmerso en el estudio y en la investigación.

Los últimos acontecimientos en torno al presente, y lo que es más significativo al futuro de la Medicina Deportiva, no son precisamente optimistas. Al deterioro manifiesto de su estructura orgánica (previsible ya desde hace tiempo y acentuado ahora con la remoción en su cargo del hombre que durante quince años ha llevado de forma personalísima, aunque no exenta de aciertos, —también de errores, es lógico— su dirección), ha seguido una etapa de desconcierto, por carencia de un verdadero equipo dirigente, en la que el "sálvese quien pueda" ha estado, o está, a punto de ser voceado.

Por si las señales de alarma fueran pocas, ahí está, como colofón, la Asamblea General del Deporte en la que los temas médicos fueron tan sólo rozados de paso, en la que no intervino corporativamente ninguno de los dos Centros Nacionales de Investigación Médico-Deportiva del país, y en cuyas conclusiones aparecen tímidos y poco convincentes planteamientos sin definiciones concretas sobre estructura, dependencia, funciones, etc...

Finalmente ha salido un largo editorial que, por contra, costó lo suyo empezar a escribirlo. No quisiera fuera interpretado como el triste plegar velas de un viaje vacío y definitivamente finiquitado, sino a lo más, como voz de alerta sobre el peligro que para el futuro de la Medicina Deportiva supone la prolongación de las actuales circunstancias.

Soluciones las hay, evidentemente, pero lo importante es saberlas plantear y sobre todo que sean escuchadas.

J. G.